

AMÉRICA LATINA
EN LA HISTORIA
CONTEMPORÁNEA

Argentina

TOMO 5 _ 1960/2000

La búsqueda de la democracia

ÍNDICE

- 11 **Cronología**
- 13 **Las claves del periodo**
Mariano Ben Plotkin
- 37 **La vida política**
Vicente Palermo
- 37 El legado dilemático del régimen peronista
- 43 Los militares
- 49 Modernización reaccionaria
- 51 A la sombra de la revolución
- 58 El termidor de la revolución... que no ocurrió
- 60 El corazón de las tinieblas
- 69 Derrota militar e iniciativa política democrática
- 73 El relato de la fundación democrática
- 79 Derrota electoral alfonsinista e hiperinflación
- 82 La revolución conservadora del presidente Menem
- 87 Argentina nuevamente en quiebra
- 91 Conclusiones
- 95 **Argentina en el mundo**
Melisa Deciancio y Diana Tussie
- 97 Cooperación y confrontación en América Latina (1960-1982)
- 115 El multilateralismo (1983-1989)
- 128 Un lugar en el norte (1989-2000)
- 142 Conclusiones
- 145 **El proceso económico**
Marcelo Rougier
- 147 La economía argentina entre 1960 y 1976
- 173 La economía argentina entre 1976 y 2000
- 200 Conclusiones

Las claves del periodo

Mariano Ben Plotkin

¿Cómo escribir la historia reciente? Todos los autores del presente volumen tenemos memoria propia de buena parte de los hechos que nos toca contar, ocurridos en un periodo particularmente complejo (y diríamos traumático) de la historia argentina. Algunos han tenido incluso algún grado de protagonismo en los avatares de la política y la cultura de los últimos años. La tarea de construir una narrativa histórica en una situación como ésta se vuelve particularmente compleja. ¿Cómo tornar compatible lo que uno leyó o investigó sobre ciertos temas con los recuerdos propios cargados, inevitablemente, de un importante peso afectivo? En otras palabras, ¿cómo articular memoria e historia? Escribir la historia consiste en construir una narración sobre hechos del pasado a partir de algunos métodos que, de manera más o menos pretenciosa, pueden ser caracterizados como «científicos». La memoria es un proceso que tiene que ver con la manera en que se encadenan los recuerdos. La memoria tiene también una dimensión pública en tanto existen políticas y otras maneras activas de construcción simbólica con las que las sociedades intentan dar sentido a su pasado, así como también formas colectivas de recuerdo que

se generan de manera más o menos espontánea. Recordemos que, como decía Ernest Renan, el sentido de nación se construye a partir de memorias y olvidos selectivos.

Se pueden (y se deben) exigir criterios de validación y rigurosidad a la narrativa histórica, pero no se puede demandar lo mismo de los recuerdos que constituyen la memoria. Como señala Paul Ricoeur, mientras la historia se legitima en una pretensión de veracidad, la memoria lo hace sobre la de fidelidad. Sin embargo, el historiador puede utilizar recuerdos, propios o ajenos, como fuente para construir una historia o incluso tomar la memoria como su objeto de estudio. Estos recuerdos deben ser tratados de la misma manera, con el mismo rigor, y la misma actitud de perplejidad y escepticismo con la que se trata cualquier otra fuente histórica, puesto que ¿qué otra cosa es un archivo sino un repositorio de rememoraciones ajenas, personales o institucionales, cristalizadas en documentos?

Los autores de este volumen hemos hecho un esfuerzo consciente y deliberado para que así sea; es decir, hemos «exprimido» nuestros recuerdos de la misma manera que lo hacemos habitualmente, e hicimos en este caso particular, con documentos escritos o gráficos, y tenemos confianza en que esta articulación entre memoria e historia haya enriquecido el resultado final. Sin embargo, como se descubrirá a lo largo de la lectura de los textos, no es lo mismo historiar acontecimientos ocurridos medio siglo atrás (comienzo del periodo), sobre los cuales ya existe una abundante producción escrita, que hacerlo con otros que tienen menos de una década (fin del periodo), para los cuales los recuerdos propios y compartidos se entretujan con la investigación realizada con otro tipo de fuentes. Aunque, a diferencia del juez,

el historiador no debe juzgar sino intentar «comprender» los hechos que narra, como se verá fácilmente, resulta a veces extremadamente difícil no emitir un juicio sobre hechos en los que se ha participado de manera más o menos directa.

El análisis del pasado reciente introduce otros desafíos metodológicos porque, aunque sea desde una dimensión puramente empírica, «sabemos más» del pasado reciente que del lejano. Me atrevo a decir que cualquier ciudadano argentino «sabe más» acerca de la crisis que asoló el país en 2001 de lo que el historiador más erudito «sabe» de la Edad Media. Esto ocurre no solamente porque reconstruir el pasado lejano con fuentes siempre fragmentarias es una tarea de por sí sumamente dificultosa, sino además, y fundamentalmente, porque para hacerlo se requiere un esfuerzo por introducirse en un mundo completamente diferente, con formas de entender la realidad y matrices conceptuales absolutamente distintas: una suerte de «país remoto», lo que no es el caso con el pasado más reciente, en el cual se fue conformando nuestra propia subjetividad. Como contrapartida, se puede argumentar que el análisis de un pasado cercano, en el cual el propio historiador estuvo personalmente involucrado, puede dificultar la obtención de una visión de conjunto de los procesos que se observan. En el extremo, recordemos a Fabrizio, el personaje de *La cartuja de Parma* de Stendhal, que luego de haber combatido como soldado en la batalla de Waterloo, sólo se enteró de la importancia histórica de los episodios en los que había participado a partir de narrativas ajenas. Su propio involucramiento lo había llevado a tener una mirada muy parcial de los hechos.

Como en todo trabajo histórico, independientemente de la etapa que se trate, la periodización introdujo dificultades